

La mujer estacionó su vehículo en el aparcamiento subterráneo del hospital y buscó con sus aún hermosos ojos sexagenarios la puerta de acceso a las dependencias hospitalarias, que conocía sobradamente tras repetir día a día, durante casi un mes, idéntico itinerario. Ya en su interior, se encaminó como un autómata por los pasillos que conducían a la Unidad de Cuidados Intensivos del centro sanitario. Vestía con ropa sencilla, que sin embargo no ocultaba su elegancia innata, realzada por un discreto maquillaje rematado con pintalabios color carne.

Concha, una de las enfermeras, sonrió tras el mostrador de enfermería y salió solícita a su encuentro.

—Buenos días, Raquel. No hay novedades en el estado de Clara, continúa en coma inducido; ya te informarán los médicos.

Escuchó con resignación las palabras de Concha, que la acompañó hasta el box que albergaba a su treintañera hija. La miró con inmensa ternura y tomó asiento a la cabecera de aquel cuerpo inerte, víctima de alguna extraña enfermedad degenerativa que los médicos no atinaban a atajar. Había depositado en la providencia sus esperanzas de recuperación para Clara, y durante tan angustiosa espera la mente de Raquel se deslizaba a menudo por las angostas reminiscencias de su pasado.

Recordaba que cuando cumplió dieciocho años, en 1973, no pudo sacarse el permiso de conducir porque no había hecho el Servicio Social —una especie de “mili femenina” que implantó Franco en 1937 y derogó el primer Gobierno de la democracia en 1978—, ni tampoco abrir una cuenta en un banco o caja de ahorros al carecer de “marido protector”. Y se rebeló. ¡Cuántos corsés tuvo que desabrochar! Pero su recuerdo más acibarado residía en la frustración y las múltiples adversidades que le deparó en su juventud su condición de madre soltera, un estigma cuya indeleble huella marcó su vida; mas su tenacidad, su orgullo y su carácter indómito le permitieron solventar los retos que le tenía reservados el destino.

Muchos y dolorosos fueron los episodios que eslabonaron su existencia, pero también saboreó la miel del éxito: Clara, su máximo exponente. Y Raquel, durante aquellas largas horas, aquellos interminables días pegada al lecho de su hija, los había

rememorado una y otra vez, mimetizando a la Menchu de *Cinco horas con Mario*, la novela de su admirado Miguel Delibes cuyos escritos tantas veces habían deleitado sus lecturas.

* * *

Para Clara aquel día tampoco había amanecido; en su mente persistía, obstinada, la noche oscura de ayer, de anteayer... “¿*Acaso alguien tiznó de azabache la alborada y la pegó a un lienzo atemporal?* —elucubró—. *¡Hace más de veinte o quizá treinta días que no amanece!, ¿o es que desvarió?*”

Clara estaba convencida de que comenzaba a alucinar: en su inadvertido marasmo, pasaba los días jugando con las horas (“*¡las vuelvo locas!*”, reía como cuando niña se divertía con sus muñecas... o con juguetes “de chicos”, porque desde bien pequeña, influida por el proceder materno, quebró los moldes imperantes en la época y rechazó representar el papel tantos años asignado en España al género femenino; “*¡ni hablar: soy digna hija de mi madre!*”, decía). Ignorante de que sus constantes vitales funcionaban artificialmente, en su abstracta nebulosa se entretenía en simular que perdía y encontraba el tiempo... y luego lo volvía a extraviar: “*Un sinsentido, de acuerdo, ¡pero me distrae!*”, se justificaba.

Uno de esos amaneceres tiznados que jalonaban su devenir, Clara creyó quedarse dormida... aunque no supo discernir si lo hizo en horas matutinas, vespertinas o nocturnas. Lo que sí recordaba era que soñó que estaba ¡muerta!, que pensaba desde su tumba, y que en su letargo le decía a su madre: “*Sólo los muertos piensan, los vivos no pueden; y yo, mamá, descanso en un camposanto preñado de silentes pensadores.*” Y se despertó... o creyó hacerlo, exclamando para sus adentros: “*¡Está claro que desvarió! Por fortuna tengo a mi vera a mi madre: la siento, la ‘huelo’... ¡Gracias, mamá!, porque si yo estuviera aquí sola acabaría desquiciada y hablando hasta con las paredes... Pero ¿y las luces?, ¿quién las apagó y encendió mi noche?*”

Ese día Clara se encontraba más dicharachera y animosa que de costumbre. Incluso decidió revelar a su madre que estaba convencida de que pronto expiraría su larga

tiniebla: “*¡Vislumbro luz al otro lado del túnel, mamá!*”, gritó feliz. Pero aquella luz, primero tenue, terminó convirtiéndose en un potente haz luminoso que deslumbró y cegó sus ojos. Y, sin saber explicárselo, se vio sentada junto a un hormiguero: enseguida las primeras hormigas sondearon su cuerpo y advirtió que sus sentidos la abandonaban. Se asustó...

“*¡Dios mío —invocó a quien hacía tiempo tenía olvidado—, ayúdame!*”

Sintió que sus entrañas estaban repletas de insectos himenópteros correteando por sus venas, pero al pronto le invadió la paralizante sensación de que se habían dormido las hormigas: no sentía ni percibía NADA. ¿Estaba soñando, levitando, muerta...?

Raquel, su corajuda madre, lloraba en silencio a su lado.